



COMENTARIO DE MIGUEL DE UNAMUNO

NAPOLÉON el Grande era un gran actor trágico, un gran tragediante. Su entusiasmo por Corneille es bien conocido. No se distrajo nunca, sino que siempre se dió cuenta de que vivía, soñaba y obraba en un escenario, de que el mundo de la historia es un tablado de teatro, y el otro ni es mundo.

Cuéntase de un célebre actor español que al oír que se decía de un compañero suyo, á modo de elogio, que se producía en tablas como en la calle ó en su casa, exclamó: «¡Mal actor! El buen actor es el que se produce en la calle ó en su casa como en tablas.» O sea el que es actor, *persona*, en la vida privada. Y Napoleón el Grande estuvo siempre en escena.

La víspera de la batalla de Austerlitz, su mejor paso de escena bélica, hablando de Corneille exclamó: «¡Qué fuerza de concepción! Habría sido un hombre de Estado...» Y es que para ser grande hombre de Estado lo que más hace falta es sentido escénico, sea trágico, sea cómico y mejor tragicómico ó comitrágico. Y añadió el gran tragediante de la Revolución: «La política es la que debe ser el gran resorte de la tragedia moderna. Es la que debe reemplazar sobre nuestro teatro á la fatalidad antigua; esta fatalidad que hace á Edipo criminal sin que sea culpable... Es un error creer que los asuntos trágicos estén agotados; hay un montón de ellos en las necesidades de la política... ¡Otra fatalidad tan imperiosa, tan dominadora como la fatalidad de los antiguos..., el horror templado por la necesidad!... Hay que querer vivir y saber morir.» Así decía—mejor que «dijo», y aun mejor: «así dejó dicho»—en uno de aquellos sus poderosos monólogos el gran trágico de la Revolución, la víspera de Austerlitz. Así dijo el Hombre del Destino. Y con este título «El Hombre del Destino» ha querido hacer sobre él una farsa, un juguete cómico—*A Trifle*—Bernard Shaw.

¡La tragedia de la política! ¿Por qué no hay entre nosotros ninguna tragedia basada en la vida política? Acaso porque no hay verdadera vida política. O más bien porque nuestros autores trágicos carecen del sentido de la tragedia. Y esto es natural en un país en que se les llama crímenes pasionales á los crímenes de origen sexual. Se comprende la tragedia de Don Juan Tenorio y no la de Don Alvaro de Luna. Y, sin embargo...

«Hay que querer vivir y saber morir.» El mismo día en que leíamos esta trágica sentencia napoleónica, corneliana, volvíamos á leer una de las profundas sentencias de Pindaro. Es cuando dirigiéndose á Hierón de Siracusa, en la *Pítica* II (verso 131) le dice: «¡Aprende á hacerte el que eres!» Traducción acaso problemática, ya que el verso griego es de una concepción extrema y no fácil de traducirse. Al pie de la letra y en bárbaro lo traduciríamos: «Así te hagas cual eres habiendo aprendido.»

«¡Aprende á hacerte el que eres!» Es consejo más profundo

que el de «Conócete á ti mismo», contra el que se revolvió Carlyle—otro gran actor trágico y monologista inogatable—, diciendo que somos inconocibles para nosotros mismos, y substituyéndole con este otro: «¡Conoco tu obra y llévala á cabo!» Pero ahí es nada conocer uno su obra, la que le toca en providencia. Porque mi obra soy yo, el que soy por dentro de dentro, en mi entraña espiritual; mi obra es mi yo eterno—de la

eternidad del pasado tanto como de la del porvenir—; mi obra es mi posibilidad y mi necesidad á la vez.

«Aprende á hacerte el que eres» es, pues, «¡Conoce tu obra y llévala á cabo!»; pero expresado con mayor profundidad. Y es toda la tragedia de una biografía histórica, de la vida en la historia de un hombre público, singularmente de un político. O, por mejor decir, la tragedia de un político es hacerse el que no es, representar el papel para el que no ha nacido, producirse del vacío de sí mismo.

Fijémosnos, lector, en esa bella expresión de *producirse* en el sentido de «conducirse» ó «comportarse». Así «se produce mal». Es decir, que se saca mal á sí mismo, lo que suele ser que no se saca á sí mismo.

Oímos decir de ciertos caudillos de la política militante que son grandes actores, grandes comediantes, que tienen excelentes facultades escénicas, y cuando los examinamos atentamente vemos que no es así. Desde el momento en que se siente al actor es que es mal actor; desde el momento en que se ve que hace de héroe, ó de víctima, ó de traidor, es que no hace bien el héroe ó la víctima ó el traidor. Porque en el teatro no es lo mismo hacer de rey ó de pastor que hacer el rey ó el pastor. Ni en la vida, que no es sino teatro, tampoco.

A lo mejor llega un político al momento trágico; pero hay que distinguir. Hay el momento trágico activo y el pasivo. Los momentos de las muertes de Cánovas, Canalejas y Dato fueron pasivos. Habrían sido activos si viendo la muerte cerca, frente á frente, cara á cara, sin volverle la suya, se hubieran enfrentado con ella.

Un cínico diría: «¡Aprende á fingir el que eres!» Pero es el caso que no cabe fingir el ser, no cabe fingir la esencia. Se finge la figura.

¡Aprende á hacerte el que eres! Y cuando se le acabe á uno la pieza, cuando corra sobre él la cortina de tierra, cuando enmudezca en el tiempo para hablar en la eternidad, que pueda decir, como se dice al final de un discurso que sea un acto: «He dicho!» Y mejor aún: «¡Queda dicho!»

Cuando uno se haya hecho el que ha de ser para siempre, que pueda decir como última palabra: «¡Quedo dicho!» «Quedo dicho» y no «Queda dicho». Quedo dicho yo.

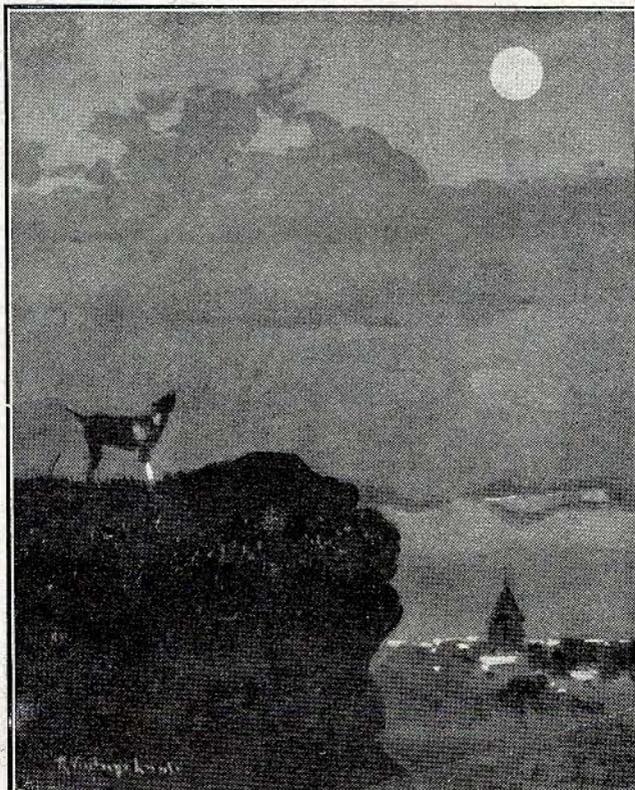
Luna de Enero

I

Enero sepulturero
que envuelves en tu sudario
al maltrecho perdurario
y al hambriento pordiosero.
Caen del negro campanario
las tristes horas nocturnas
sobre el dolor solitario
de las vidas taciturnas.
Viejos y viejas costrosos,
montón de humana laceria,
que chupa con sus ventosas
de vampiro la miseria.
Y el ex hombre sin fortuna
y el mangante lastimero
gritan su pena á la luna
igual que un perro agorero
ladra á la luna de Enero

II

Claros de luna, tan blancos
que á hacer endechas invitan,
pero no á los que tiritan
de bruces sobre los bancos.
Como en un capricho de opio
guiña la luna coqueta,
que es igual que una peseta
vista con un telescopio.
Cae el hielo de la mala
luna sobre las aceras.
¡Es que la luna regala
brillantes á las rameras!
La que pide al pasajero
un poco de calderilla
por un rato placentero
¡con la faz tan amarilla



III

Unos gollillos pequeños
caminan bajo la luna.
¡Nunca han tenido sus sueños
un son de canción de cuna!
Hiela en sus pulmones; hiela
en sus almas arañadas
que aún crecían en las hadas
y en los cuentos de la abuela.
Hambre, abandono y escarcha;
como una antorcha diabólica
la luna alumbra su marcha
por la gran ciudad católica.
¡La ciudad del usurero,
del tendero y del logrero
y damas de Cofradía,
¡la ciudad de alma tan fría
como la luna de Enero!

IV

¡A qué siniestros confines
de horror llevará su paso
á los que junta el Acaso
en los turbios cafetines?
Son esas gente sin nombre
astroso alubión sombrío
cuyo epitafio es: Un hombre
ayer se murió de frío.»
Viejas, viejas, aún coquetas
con remotas mantelctas;
mangantes—hedora pobre—,
ciegos, golfos, proxenetes,
roidos cual piezas de cobre.
Enero, sepulturero,
que va arrojando una á una
vidas en el pudridero
cuando las besa la luna,
la luna mala de Enero.